

ESTOY PRISIONERA Y... ¡SOY LIBRE!

Patricia Dolores Delgado Alba

Escribir una historia personal no es nada fácil, es adentrarse en un laberinto, en un pozo oscuro, porque por más que se le dé vueltas y se quiera evadir acontecimientos y sólo recordar los momentos felices, se llega a tocar puntos desagradables. Reconocer cómo lastimé mi propia vida, cómo desperdicié tanto tiempo, cómo llegué hasta este lugar, a esta prisión, son pensamientos lastimosos que hieren hasta la médula de los huesos. A veces no se encuentra un sentido para seguir, y se llega a conclusiones inadecuadas; es entonces cuando se siente la soledad, el abandono, la nostalgia, la añoranza.

He leído a muchos y grandes escritores y reconocidos autores que escriben sobre diversos temas. La mayoría habla valientemente de sus vivencias personales, de haber pasado por el exilio, de haber tocado fondo ante la enfermedad, el abandono, la pérdida, y de haberse dado cuenta de que su camino en la vida no ha sido del todo agradable. Muchas veces nos enfrascamos en buscar un sentido sin sentido y vivimos sólo por vivir, creyendo en una felicidad erróneamente momentánea, hasta que las circunstancias de esos errores, de esas decisiones mal tomadas, de no haber sabido vivir, se hacen presentes con mucho dolor, con mucho sufrimiento, y entonces nos damos cuenta de cuánto tiempo se ha perdido. Esto, por fortuna, les ha servido a muchos para detenerse a tiempo en su andar y volver a empezar; a otros, para no abandonar la batalla en su vida aun en sus circunstancias y con limitaciones. A veces me

pregunto si alguien de verdad habrá muerto en esa plenitud de sentirse completamente satisfecho y de no haber tenido un contra-tiempo en su camino. De lo que estoy segura es de que Dios, día a día, nos da una página nueva, en blanco, y nosotros somos los únicos responsables de lo que en ella queramos escribir.

Hace un año no habría estado escribiendo esto, no de esta manera; tal vez mis términos serían de enojo, de frustración, de reclamo. Mi arrogancia y mi soberbia habrían sido el único escudo, que repite miles de veces: "Yo no me merecía esto". Hoy, bendita la hora en que tomó esta desviación mi vida, no pudo haberme llevado a un lugar mejor. ¡Qué irónico!

He leído las historias que varias de mis compañeras reclusas, de ésta y otras prisiones, han compartido en sus libros. Me han puesto la piel chinita y en algunas ocasiones he derramado lágrimas al vivir con ellas esas experiencias. He sentido gran impotencia, tristeza y coraje, pero también agradecimiento, porque reconozco que no todo en mí es malo, pues hay casos peores. A veces también me pregunto por qué existen lugares así, tan indignos y deplorables. También me he atrevido a cuestionar a mi Dios, a preguntarle por qué, si Él es compasivo y misericordioso, permite estas pruebas tan duras. Y aunque algunas personas sigan destruyéndose la vida con drogas y violencia, no creo que sea una regla general; cada quien es responsable de su conducta. Si tienen auestas la carga de la tristeza, que no es nada agradable, ¿cómo es posible que, inteligentemente, sigan haciendo mal uso de su mente para dañar y perjudicar su vida?

Absolutamente nadie en el universo es responsable de nuestras propias decisiones más que nosotros mismos. Dios no se equivocó. Él hizo de cada uno de sus hijos una obra perfecta e inigualable; nosotros fuimos quienes elegimos irnos por donde a cada quien convino.

Al llegar a este lugar, todas y todos somos iguales, con los mismos derechos y obligaciones, estamos sin nuestras familias, sin

nuestros hijos, a quienes muchos aquí llegan a reconocer, y les tocan el corazón. ¡Ah, cómo se aman y se extrañan, después de que en la farándula de la vida ellos fueron los menos importantes! En este lugar se anhela hasta el más mínimo detalle.

A mí, afortunadamente, me tocó llegar a una prisión digna, llena de oportunidades. Sé que quien quiere puede llegar a reeducarse de verdad, a tomar la decisión de ser una mujer nueva y recuperar la dignidad y los valores perdidos. Es muy cierto que, en el peor y más maloliente de los fangos, de los basureros, se puede encontrar la mejor de las joyas. No hay comparación, y no se vale que se haga porque entonces se estaría señalando los errores de los demás sin ver los propios.

En esta etapa todas y todos somos reclusos. Esos calificativos que la sociedad discriminatoria nos pone, a muchas sí nos duelen, y trabajamos con ahínco por erradicar esa marginación y discriminación. Somos sólo seres humanos que nos equivocamos, que no supimos vivir; creo que todas nos merecemos ser aceptadas y reconocidas.

Es un gran peso el que llevamos, porque la conciencia se encarga de recriminarnos y nos traiciona, y ¿a quién no? Más aún porque somos personas responsables y en pleno uso de nuestras facultades mentales, de nuestros cinco sentidos. Las excusas no importan; si fue algún vicio, como las drogas o el alcohol, el factor que influyó para haber hecho tal o cual acción, al final lo que predomina es la decisión, sólo eso.

Hay quienes son presos de la locura, de algún trastorno mental; para ellos hay otro lugar llamado manicomio. Otros ni siquiera a contarlo llegaron, ya que terminaron en la tumba o en alguna fosa común. Aquí y ahora cada uno sabemos lo que en realidad llevamos en nuestro costal. ¿A quién queremos engañar? Sólo a nosotros mismos. No hay más que hacer, sólo nos queda aceptar la realidad. Y, para poca fortuna, otras siguen como yo unos meses atrás, aferradas a lo que pudo haber sido. Eso ya no existe, sólo el ahora, en este momento.

Nadie tiene derecho de juzgar. En la sociedad de la que fui parte, comprendemos poco y hacemos menos por apoyar o dar una mano para que alguien salga del fango, pero eso sí, nuestro dedo siempre está listo para despreciar, para señalar. Estamos tan ocupados en los egos, que poco nos detenemos a analizar el verdadero trasfondo de las cosas. Es sólo que muchos no tuvieron la capacidad de aprovechar las oportunidades que la vida les brindó y tomar buenas decisiones; su nula autoestima y los círculos viciosos de los tabúes de la misma sociedad los arrastraron.

¿Quién no es capaz de matar en defensa de la propia integridad o cuando se ve afectado algún ser querido? Eso ni siquiera sería de pensarse, sólo se actuaría por impulso. Las prisiones también están plagadas de homicidas imprudenciales, del que mató por accidente sin que por su mente pasara jamás querer hacerlo, sólo porque un enfermo, suicida, alcohólico o drogado se atravesó en su camino. ¿Quién no robaría para ser aceptado en una sociedad demandante o para dar bienestar a su familia? Claro está que a quien se le presenta la oportunidad y no tiene capacidad de decisión para evitarlo, lo hace. También hay quienes son presa fácil de otros que hacen fechorías y terminan perjudicándolos. En la lucha de poder siempre el más valiente oprime al débil.

Hay otros delitos que no quiero mencionar; yo tampoco lo acepto, no lo concibo, pero no los juzgo; cada quien sabe los motivos que lo orillaron a cometerlos. Es verdad que muchos viven luchando contra su propio monstruo; no es fácil, nada es fácil, y menos cuando no se comprende un poco y se deja de discriminar, de marginar y de odiar.

Bendito Dios que a muchos nos ha dado esa gran capacidad de poder huir a tiempo de esas oportunidades y poder tomar otras decisiones. Aun si no se ha estado en tales situaciones, todos estamos expuestos. Dice un dicho: "No estamos todas las que somos, ni somos todas las que estamos". Qué gran suerte para algunos, ¡no les ha tocado aún!

Me llegué a considerar la peor de las delincuentes, pues, ¿quién dijo que hay clasificaciones? Yo cometí todos los delitos al mismo tiempo. Defraudé a mi Dios, que me prestó una vida digna y me dio las herramientas más poderosas y ricas para que fuera la mejor, la ideal. Me dio todo, una gran familia con los mejores padres, quienes me sostuvieron en cada etapa de mi vida en armonía y siempre hicieron lo mejor para que mis hermanos y yo fuéramos felices y tuviéramos las herramientas necesarias para salir a luchar en la vida, con sus limitaciones, dentro de sus pocas posibilidades, pero con valores y un amor indescriptible e inigualable. Y aún siguen ahí, siempre listos, con su mano cansada para rescatarme, para levantarme, para curar mis heridas, para perdonarme; sobre todo, me dieron libertad de elección.

Elegí a un esposo que aceptó formar parte de mi historia; creyó en mí y procreamos el regalo más maravilloso del mundo: tres hermosos hijos. Pero a él también le mentí y lo engañé, porque no lo amé lo suficiente, no lo comprendí y lo saqué de mi camino. Todo gracias a mi gran soberbia, porque yo me merecía más... Robé y maté las ilusiones de todos y cada uno de esos regalos de vida que Dios puso a mi disposición, incluyendo a buenos amigos, violé su armonía y sus derechos, cometí delitos en contra de su salud, pues en un momento sus sonrisas se apagaron y sufrieron por mi causa.

Mi avaricia fue tal que arrebaté y quise tener más de lo que merecía mi esfuerzo. Todo fue vanidad y apegos en cuarenta años de vida. Desperdiqué todos esos años de mi existencia, y ahora sólo ruego a Dios que me transforme, me renueve y me perdone. Equivocadamente elegí crear mi propia historia, porque disfruté e hice lo que se me dio la gana. Ahora me toca pagar el precio, porque quise dirigir sola esta vida, me dejé enloquecer por las banalidades, por la soberbia y la impotencia, la culpa y el rencor hacia mí misma, porque dentro de mi propio ser sabía que las cosas no debían ser así. La imposibilidad de expresarlo

con claridad, como mis emociones, se juntó y explotó, y ahora estoy aquí.

Pero aquí, en este lugar que a muchos les aterra, encontré esa capacidad de escuchar la propia voz de mi ser y comprender que fui yo sola la que se aferró a las penas del pasado para llenar mi presente de dolor, de sufrimiento. Yo llené mi vida de inseguridades, de dudas, de celos, de resentimiento. Yo misma me juzgué, me critiqué en todo lo que hacía y así afecte mi salud, mi bienestar. Yo misma soy la responsable de mis problemas. En mí estaban todas las respuestas. Ahora sólo quiero ser mi mejor amiga, después de haber sido mi peor y única enemiga; fui yo la acusada, el juez, el verdugo, yo misma dicté las sentencias y me impuse mis propios castigos.

No sé cuánto tiempo tendré que pasar sin ver a quienes amo con el alma, con cada poro de mi piel: mis padres, mis hijos, mi familia y mis amigos. Quizás a algunos ya ni los veré. Me duele hasta el alma, pero no puedo hacer más que poner mi vida a disposición del único dueño de mi ser, sólo Él podrá darme nuevamente esa tinta para que vuelva a escribir páginas nuevas.

El día de hoy decidí perdonarme y perdonar. Ahora me siento liberada; esa pesada carga de rencor desapareció. Ahora se hacen presentes cada día los milagros, porque la vida, en cada amanecer, en cada respiro, es un milagro palpable.

Me dictaron una sentencia de diez años de prisión sin derecho a nada, pero esa fuerza divina me iluminó y siempre me dio ánimos y la esperanza de que las cosas cambiarían. Cambié mi actitud ante la vida y me siento trasformada. Tengo nuevas oportunidades, nuevos amigos, nuevas ilusiones, una comunicación sana y armoniosa conmigo misma y, por consecuencia, con mi entorno. Los resultados son que gracias a la apelación de la sentencia, se modificó mi delito y los años de prisión se redujeron a cuatro. Aún tengo otro recurso que sé que también modificará las cosas y podré irme pronto de este bendito lugar y dar un buen testimonio

en vida. La palabra de Dios ejerce ese gran poder cuando se le sabe amar, esperar y descansar en Él; así lo dice en Eclesiastés 3:15: "Aquello que fue, ya es; y lo que ha de ser, fue ya; y Dios restaura lo que pasó".

A pesar de ello, ahora tengo otros miedos. Pensar en irme y llegar así como si nada a mi casa, no es fácil para mí. No puedo expresarlo con un solo "ya regresé". Tendré que, como el hijo pródigo, empezar de nuevo humildemente y reparar los daños morales, que son más graves que los materiales.

Nosotros somos los únicos responsables de nuestra propia felicidad, así que liberémonos y liberemos a quienes atamos sin tener ese derecho, perdonémonos y pidamos perdón con la mano en el corazón por nuestros errores, nuestras exigencias y reclamos. Nadie tiene la responsabilidad de satisfacer nuestras propias necesidades

Por ello quisiera transmitir a quien me lea, en cualquier circunstancia, limitación y espacio, algo que siento y creo que es lo más importante: entre el ser y el tener hay una enorme diferencia; el ser es la verdadera y única esencia, su significado será la marca en nuestra historia maravillosa, la mejor herencia de vida.

Centro de Readaptación Social Femenil
Aguascalientes, Aguascalientes

Graciela Enríquez Enríquez
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

El cuidado de la obra estuvo a cargo de
Yvette Couturier

Se terminó de imprimir en septiembre de 2012

Diseño de portada
Retorno Tassier, S.A. de C.V.
Río Churubusco núm. 353-1
Col. General Anaya
03340, México, D.F.

Diseño gráfico editorial
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos
03800, México, D.F.
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos
Baskerville en tamaños
9, 10, 11, 13, 16 y 24 puntos

Editado por
DEMAC